“LOS RAROS”

De DINO ARMAS

Para Gilda

PERSONAJES:

ROSA

ROBERTO

CUADRO PRIMERO : EL DESAYUNO

(En un escenario casi despejado, sólo habrá – en distintos niveles – la cama de una plaza de Roberto, una mesa con dos sillas y un televisor en el sector más grande y cajas de distintos tamaños a ambos lados del escenario. Al fondo, un panorama hecho con nylon transparente que permitirá ver deformadas las figuras de los personajes cuando estén detrás de él. Sonidos apagados de distintos ladridos, maullidos y/o rugidos que se mezclan con música ciudadana. Las voces grabadas de Roberto y Rosa diciendo una serie de frases que se "pisarán" y/o "montarán" una con otras.)

ROBERTO- Anoche soñé ...

ROSA - Los sueños, sueños son ...

ROBERTO- Anoche soñé que ...

ROSA - "Soñar no cuesta nada".

ROBERTO- Anoche soñé que yo ...

ROSA - Uno puede pasar de un sueño a otro. *(la luz ha ido subiendo lentamente y vemos – en una semipenumbra – a Roberto que duerme agitado. Con más luz, Rosa, sentada a la mesa con un libro de recortes abierto y pasando, sin ver, las hojas mecánicamente)* A veces una se despierta sin saber si está en el sueño o en la vida. *(este último parlamento como los que dice Roberto después, son en vivo. Ella sin levantar la cabeza.)*

ROBERTO- Anoche soñé que yo volaba ...

ROSA - A veces los sueños son los mismos. Se repiten todas las noches aunque uno no quiera.

ROBERTO- *(se sienta de golpe en la cama. Los ojos muy abiertos como un sonámbulo. Sin tono:)* A los animales hay que ponerlos a dormir. *(cae, de nuevo, en la cama. Luz sobre Rosa que ahora, mirando hacia adelante, dirá su sueño. Roberto, en su semi penumbra, comenzará a masturbarse.)*

ROSA - Yo no fui. Fue ella. La otra. El estaba ahí, apoyado en el balcón con un cigarrillo en la mano y mirando hacia abajo. Hacía calor. Las cortinas de las ventanas apenas si se movían. Yo no fui. La otra fue la que llamándolo, lo hizo dar vuelta. El nos miró con aquella sonrisa que siempre nos hacía temblar de rabia y siguió fumando. Para no verlo fijé mi vista en el piso y había sangre por todos lados. Sangre ...? O era la alfombra roja? La que no

le dejó oír mis pasos acercándome para empujarlo con todas mis fuerzas. No, no. Yo no fui. Fue la otra. La que lo odiaba. Yo lo quería. Lo amaba como dicen las muchachitas de los teleteatros. Era un balcón de un sexto piso. O del séptimo? O era el noveno? Ella subió por el ascensor. Esta vez la tenía que escuchar. Le iba a pedir por favor. Hacía mucho calor. La ropa se pegaba al cuerpo de una como si fuera una segunda piel mojada. Muy mojada. La baranda era baja. Muy baja para ser de un balcón de un sexto piso. O de un octavo? O era del décimo piso? Lo llamé. Lo llamó. Le preguntó. Le pregunté. Y él, envuelto en el humo del cigarrillo, con aquella sonrisa que daba rabia nos dijo que se iba con la otra. Después se dio vuelta. Y de repente no estoy en el sexto o en el noveno piso. Ni está el balcón. Y yo estoy frente a un micrófono y el locutor me hace una pregunta. Y yo no me puedo acordar de la respuesta. Tengo todas las respuestas aprendidas de memoria. Las repasamos con mi madre toda la noche. Una y otra vez. Una y otra vez. "Cómo se llamaba la esposa de Luis XVI? "Cómo se llamaba la esposa de ...?" Las luces me molestan. Entre el público veo la boca de mi madre que forma el nombre de una mujer que yo no puedo entender. La gente comienza a murmurar, a codearse, a reír. Y en el balcón ahora él también se ríe. Entonces yo, o la otra, o ella, o todas juntas, lo empujamos. Yo no fui. Fue la otra. Yo no fui. *(a partir del*

primer "Yo no fui", ella va subiendo su tono y su respiración se hace entrecortada como la de Roberto. Los dos terminan al mismo tiempo con un gemido. El de ella, de miedo. El de él, de placer. Rosa cierra con fuerza el libro y "parece" despertar. Roberto se levanta. Tal vez se limpia con la sábana o con un pañuelo que tiene debajo de la almohada. Toma el pantalón del pijama y va hacia atrás de la mampara. Roberto se pone de frente al público. Las manos a los costados. Los ojos fijos mirando hacia adelante. Ruido del agua de la ducha. Luz sobre Roberto. Rosa se mueve en la semi penumbra. Ella, primero, deja el álbum en una de las cajas y luego va hacia la cama de Roberto. Mientras tanto él va "diciendo" su sueño.)

ROBERTO- Anoche soñé que yo volaba. Primero estoy en mi cama. Miro el techo y después la ventana cerrada. Y cierro los ojos. O no. Porque igual sigo mirando. Y la cama y yo pasamos por la ventana cerrada. A mí me da gracia y me río porque la cama es grande y la ventana es chica y tiene rejas, pero la

cama y yo pasamos igual. La cama se hace finita, finita y yo me acurruco. Y me estiro cuando veo que estamos encima del techo de casa. Y la casa y el cartel de la veterinaria se hacen chiquitos hasta desaparecer. Y ahí estoy por el cielo de Montevideo. Pasando por encima del Palacio Salvo, de la Torre de Antel, del Cerro ... Y yo voy sin cinturón de seguridad, sin equipaje, sin pasaporte, desnudo, dejando que la cama me lleve a donde ella quiera. Pero yo sé dónde me va a llevar. Y voy contento. El corazón me late fuerte, muy fuerte y allá abajo, entre mis piernas, mi miembro se endurece y se agranda y tengo que acariciarlo. Y cuando lo empiezo a mover, la cama gira como loca y me tengo que dejar de tocar hasta que ella me lleva a un lugar abierto. Una playa donde no hay nadie y donde hace calor. Tanto que tengo que apartar las sábanas con las piernas y mi cuerpo se tensa y ahora sí me acaricio hasta llegar al final. Cuando acabo me despierto sobresaltado y estoy de nuevo en mi cuarto y no estoy, porque estoy en la punta de la Torre Eiffel y ahí está papá que, sonriendo, me toca la mano. Yo trato de esconder el semen. Y él se da cuenta y sonrío más. Y ahí estamos los dos. En la Torre Eiffel. Y él me ve y yo lo veo. Y cuando nos vamos a acercar él desaparece. Entonces la cama y yo lo buscamos por todas partes, en otros países, en otros mundos. Y a mí no me importa porque voy feliz. Porque sé que lo voy a encontrar de nuevo. A veces voy hasta Grecia. Otras a Turquía. O a Estocolmo. Y en cada lugar él me está esperando; pero cuando yo llego, desaparece. A veces, en lugar de él, está Leo. Y me habla. Estira las manos como para pegarme. A mí me da miedo. Quiero moverme. Salir corriendo, pero no puedo porque él es más grande y más fuerte. Me agarra por atrás y aprieta su cuerpo contra el mío. Me aprieta con los brazos la garganta y la cintura y no me deja mover. Me dice algo al oído. Y ahora entiendo lo que me dice. "Esperame. Vos esperame. Un día yo te voy a venir a buscar. Y los dos nos vamos a ir juntos. Yo te voy a salvar de ella. De mamá ..." Y entonces se empieza a mover suave y ya los brazos de él no me aprietan la garganta y con su mano lleva mi mano a tocarme de nuevo. Para arriba y para abajo, apretando más fuerte y más rápido cada vez. Más rápido y más fuerte hasta que ... hasta que ... *(se enciende la luz en el sector de la mesa y de las sillas de un modo realista.)*

ROSA - *(tal vez muy cerca del nylon)* Roberto ... Bobby ... Te vas a eternizar en el baño? Mirá que el termofón gasta ...

ROBERTO- Ya salgo ... *(bajo.)*

ROSA - Qué decís?

ROBERTO- *(cesa el ruido de la ducha. Más alto él)* Que ya salgo.

ROSA - Apurate porque se enfría el café con leche. *(ella va a sentarse a la mesa. En el momento de hacerlo se oye, fuerte, el aullido de un perro. Rosa puede persignarse o no. Bajo)* Ese perro ... toda la noche así ... *(una nube de vapor y olor a limpio precede la entrada de Roberto. Tiene la parte de abajo del pijama puesto y trae la otra en la mano. Se sienta. Ella remarca)* Buenos días ...

ROBERTO- Eh ...?

ROSA - En mis tiempos, mi madre, me saludaba con un "Buen día" a la mañana y con un "Hasta mañana, si Dios quiere" antes de dormir. *(lo mira)* Te secaste bien? *(antes que él conteste)* Hum, más o menos. *(se mueve hablando en busca de una toalla)* Estamos en corriente. Mirá si te agarrás un enfriamiento. *(vuelve con la toalla)* No ves? Al final yo tengo que estar en todo ... Primero el pelo. *(se lo seca fuerte)* Ahora las orejas ...

ROBERTO- *(intenta protestar)* Dejá, mamá. Ya no soy tan chico ...

ROSA - Para mí siempre vas a ser chico. *(se pone frente a él o se agacha)* El pecho ... tenés tanto vello que las gotas de la ducha se te quedan en cada pelo. Como perlas ... *(intenta sonrisa. Lo seca suave)* A quién saldrás? Tanto tu hermano Leo como tu padre eran lampiños. Si hasta yo tenía más vello que ellos dos juntos. Capaz que saliste a alguno de los abuelos ...

ROBERTO- Capaz ...

ROSA - Y ahí abajo ... te secaste bien? *(gesto de acercarse al pantalón del pijama. El la detiene.)*

ROBERTO- *(serio. Las dos manos juntas)* No.

ROSA - Ay, qué te atacó ahora. Si hasta ayer nomás te bañaba ...

ROBERTO- *(soltándole la mano. Mira para otro lado)* No quiero ...

ROSA - *(marcado. Con mucha intención)* Claro ... Como quien dice: recién tiraste, no? *(ríe)*

ROBERTO- *(la mira rápido.)*

ROSA - Te pusiste colorado. Grande. Vos para mí nunca vas a ser grande. Olí tus sábanas y encontré el pañuelo. Para sonarte la nariz no lo usaste ... Ah, no me mires así. Si todas las madres lo hacen. Lo único es que tenés que tener cuidado. Hacerlo tan seguido puede hacerte mal.

ROBERTO- (*mientras se pone la parte de arriba del pijama*) Hacerlo ... Hacer qué ...?

ROSA - Vos como veterinario que sos, casi como un doctor, no? usarías la palabra masturbarse. Yo, como no tuve ni tengo educación y ante los ojos de tu padre, tu hermano y vos era como la burra de la familia, te puedo dar otros nombres: (*los va dejando caer lento a propósito:*) "Manuela" ... "Paja brava" ... "Franelita" ...

ROBERTO- Mamá ...

ROSA - (*ríe*) Lo que son las cosas. La que tendría que estar incómoda sería yo y no vos. Hablar de sexo con un hijo no tiene nada de malo. Significa que soy una madre actualizada.

ROBERTO- No es por la charla. Es tu tono. Tiene de malo el tono que le ponés.

ROSA - Con tono o sin tono; haceme caso. Tené cuidado con ... con lo que sea. Cuando yo era chica, en el barrio, uno se volvió bobo de tanto hacerlo. Le decíamos "el Pirito" ...

ROBERTO- Es de ignorantes el pensar eso.

ROSA - Ignorante, burra ... todo lo que quieras, pero el Pirito se quedó bobo, tarado. Y yo no quiero que a mi Bobby lindo le pase lo mismo. Te preciso entero y lúcido al frente de la veterinaria.

ROBERTO- (*toma*) Esto no es café con leche.

ROSA - Según como lo veas. Tiene leche pero no tiene café. Estamos a fin de mes, señor veterinario. Muchos socios siguen sin ponerse al día con las cuotas. Tampoco se asociaron nuevos. Como siempre, pagaron los cuatro o cinco jubilados chochos que, sin sus mascotas, ya estarían muertos. Así que ...

ROBERTO- Así qué ...?

ROSA - Así que la burra y la ignorante le puso a la leche – machacaditos, eh – puñados de pastillas para gatos y otras de perros. El color quedó igual al de café con leche. (*toma*) Y el gusto capaz que hasta es mejor. Si lo comen tus animales, bien lo podemos comer vos y yo. En vez de enloquecerme y salir corriendo al súper que queda a más de diez cuadras, preparé esto. Vitaminas y

proteínas – según el envase – tienen. *(toma)* Y yo que vos, lo tomo. Hoy es domingo y a menos que aparezca – caído del cielo – algún cliente nuevo o una urgencia de un jubilado, plata no va a entrar. *(él separa el plato sin decir palabra)* Ahí está. El exquisito como el padre. Te salieron todos los Martínez Salvo que llevás adentro. Sabés que yo cuando quería hacerlo engranar a tu padre le decía sólo "Martínez"? Y él, al toque, me agregaba: "Juan Julio Martínez Salvo, che". El se fue y hasta el Salvo se llevó. Vos sos Martínez y gracias a mí: Pérez. Doctor Roberto Martínez Pérez. Y vos, por lo menos, podés poner lo de doctor adelante de tu nombre. Otros, ni siquiera eso.

ROBERTO- *(para agredirla)* Y vos podés poner adelante de tu nombre lo de Miss.

ROSA - Y a mucha honra, che. Y dos veces Miss. Que no cualquiera lo tiene. Miss Casabó primero y después Miss Verano, la reina. Dos coronas tengo guardadas por ahí. Una más chica, más modestita, claro, la de Casabó y la otra bien grande, brillante, importante: la de Miss Verano.

ROBERTO- Bueno, ahora sí que no te para nadie.

ROSA - Por qué lo decís?

ROBERTO- Porque me vas a hacer enteros, otra vez, los cuentos de Miss Verano. Vos te acordás más de esos benditos concursos de lo que pasó con papá o con mi hermano.

ROSA - No vas a comparar. Tu padre y tu hermano, dos desagradecidos. Además hoy es domingo, che. No tenés cinco minutos para escuchar a tu madre?

ROBERTO- Pasa que esos cuentos me los sé de memoria. *(con tono y gestos de disco rayado)* Tu madre te anotó en el concurso sin decirte nada, en el Club de Bochas de Casabó y te hizo un vestido nuevo ...

ROSA - Mi madre era una gran modista. En otro barrio, en otro lugar, hubiera sido rica y famosa. El vestido que me hizo lo copió de una revista de modas francesa.

ROBERTO- Era azul, brillante ...

ROSA - Tornasolado, che, que no es lo mismo. Cuando yo me movía cambiaba de color. Y la tela. No sé de dónde la habrá sacado. Capaz que del puerto. En esa época había mucho contrabando. Yo caminaba y la tela acariciaba los muslos y las piernas. Yo giraba, daba vuelta y la tela, primero se separaba y después marcaba bien mis pechos y mi cintura ... *(otro tono)* Qué cuerpito

que tenía. Era 90-60-90. Claro que después de tenerlos a vos y a tu hermano el cuerpo me cambió. Sobre todo contigo. Tomaste teta hasta casi el año. No tolerabas la mamadera. Me las dejaste hecha un trapo. Las caderas se me ensancharon. El pelo me quedó opaco ... Me empezaron a salir arrugas, ojeras y ya fui una vieja para el gusto de tu padre ... *(mueve la cabeza)* Pero yo estaba con el cuento del concurso y no con lo de tu padre...

ROBERTO- *(le da el pie, la entrada en el tema, con ternura)* Y esa noche en el Club de Bochas de Casabó le ganaste a todas ...

ROSA - *(vuelve arriba)* Sí, sí. Eramos 16. Y el jurado lo integraba: la directora de la Escuela Pública, el Jefe de Policía de la Seccional 24 y el Presidente del Club de Bochas. Había que hacer una gracia, un número. Decir un poema o recitar o contar. Yo canté "Capullito de Alhelí" ... Mamá, desde el público, la cantaba conmigo. Fue un éxito. *(puede cantar o tararear alguna de las estrofas.)*

ROBERTO- Y después le dedicaste tu triunfo ...

ROSA - Con un ramo de claveles en la mano y con la otra sujetando la corona y con la banda atravesada en el pecho, le dediqué el triunfo a mi madre. Yo, siempre soy y fui agradecida. En eso no saliste a mí. Te recibiste de veterinario. Te dieron el título y no dijiste ni mus.

ROBERTO- Qué iba a decir? Agradecer el recibirme con Bueno Regular? El terminar una carrera impuesta y que sólo seguí hasta el final porque era un deseo tuyo? Porque como el padre fue veterinario uno de los dos hijos tenía que serlo también. Y por qué no lo fue Leo?

ROSA - Porque no le daba la cabeza.

ROBERTO- Porque no quiso. El tenía carácter y yo no.

ROSA - No me cambies de tema. El día en que te recibiste yo estaba ahí y no dijiste nada.

ROBERTO- Ningún estudiante habló.

ROSA - Cómo que no? Dos o tres lo hicieron. Vos, no. Yo estaba allí y vos lo sabías.

ROBERTO- Estabas como siempre. En todos los orales que di aunque no te viera sabía que estabas ahí.

ROSA - Lo decís de una manera ...

ROBERTO- Ninguna madre iba.

ROSA - Porque serían desalmadas.

ROBERTO- Yo hablaba, contestaba las preguntas de los profesores y transpiraba ...

ROSA - De nervios. Tu padre también era así.

ROBERTO- Tenía vergüenza. Sabía que, tarde o temprano, ibas a hacer un papelón y mis compañeros después iban a tomarme el pelo.

ROSA - Ay, Bobby. Cuándo te hice un papelón yo?

ROBERTO- Siempre.

ROSA - No sé lo que llamás vos hacer un papelón? El darte un abrazo y un beso adelante de la gente? El hablar un poco fuerte? El estar junto a mi hijo apoyándolo? Todo eso es un papelón para vos? Pero ... si hasta cuando te recibiste con ese Bueno Regular lo festejé como si hubiera sido un "Sote".

ROBERTO- Si me recibí de veterinario fue por vos.

ROSA - Por mí y por tu padre.

ROBERTO- Nunca me gustó. Y vos y él lo sabían. Querían la chapa en la puerta, el seguir con el mismo negocio ...

ROSA - Y qué querías ser vos? Astronauta? Corredor de Bolsa? Estás en el Uruguay. Era eso o terminar vendiendo Bics en los ómnibus.

ROBERTO- Yo quería ser otra cosa ...

ROSA - Embalsamador de bichos. Eso te gusta. Y lo hacés aunque no tengas el título.

ROBERTO- (*bajo*) Taxidermista. Se dice taxidermista ...

ROSA - Cuando se lo digo a la gente entienden taximetrísta. O te dice: "qué?" y tenés que explicar todo. Taxidermista ... te cae un trabajo cada muerte de obispo. Nadie embalsama sus mascotas. Las entierran y chau.

ROBERTO- Y el perro de ahora?

ROSA - El primero, el único y seguramente el último. Una vieja con plata y medio loca que quiere tener a su perra dura como un palo para ponerla en medio del living o al costado de la cama. Y ella cómo se enteró de lo tuyo?

ROBERTO- Por un compañero ...

ROSA - Y se tragó que eras un taxidermista de verdad?

ROBERTO- Sí.

ROSA - Te pagó?

ROBERTO- No. Todavía no.

ROSA - Ese perro embalsamado no sale de esta casa hasta que la vieja loca no pague

sus billetes. Le dijiste lo que le ibas a cobrar?

ROBERTO- Sí.

ROSA - Y ...?

ROBERTO- Me va a pagar más de lo que le pedí.

ROSA - Seguro que le pediste poco. Cuando te pague yo quiero estar presente. Viste que tiene auto con chofer y todo? La gente del barrio no podía creer que semejante auto estacionase frente a la veterinaria. Cuándo tenés pronta la perra?

ROBERTO- Hoy. Esta noche. Sólo me queda ponerle los ojos.

ROSA - A mí me impresionan esas cosas. Hacer una alfombra está bien. Sobre todo esos cueros de vaca que quedan divinos. Pero embalsamar a una perra es de locos. La vieja, hoy o mañana se muere y el bicho se va a quedar para siempre. Sabés a dónde va a ir a parar? A la basura. Los parientes lo van a tirar no bien lleguen de enterrar a la vieja. A la perra le puso nombre de artista, no?

ROBERTO- Gilda, me dijo ...

ROSA - (*rie bajo y con maldad*) Gilda ... Seguro que por la película de Rita Hayworth. Pero qué ridiculez! Los nombres de personas son para las personas y los animales tienen que tener nombres de animales. "Manchita", "Colita", "Negro" ... Ves? Esos son nombres de perro. Pero Gilda, no. Claro que viendo las arrugas de la vieja, ella vio la película el día del estreno en el cine Metro.

ROBERTO- Me dijo que se lo puso porque las dos eran pelirrojas: la perra y Rita.

ROSA - Entonces por qué no le puso "Colorada" o "Coloradita". Qué manía tiene la gente ahora con ponerles nombres de personas a sus mascotas. Te juro que yo, si fuera Presidente, lo prohibiría. El otro día iba por la calle y oí a alguien atrás mío que decía: "Rosa, Rosa ..." Yo me di vuelta con mi mejor sonrisa y era un pasmado que era tirado por una golden con cara de estúpida como el dueño.

ROBERTO- Y Bobby? No te suena a nombre de perro? Vos pocas veces me decís Roberto. Siempre me llamás Bobby.

ROSA - (*le sacude el pelo*) Sí, suena como a pichicho. Pero, en tu caso, a mí me gusta. Me gusta para vos. (*como haciendo "pucheros"*) Haceme el perrito, Bobby.

ROBERTO- *(molesto)* Mamá ...

ROSA - Cuando eras chico lo hacías. Y todos te lo festejábamos. Yo, tu padre y hasta tu hermano Leo. A él le gustaba oírte aullar. Hacele el perrito a mamá. Dale. Una vez sola. Una vez solita.

ROBERTO- Si no te lo hago vas a seguir y seguir lo mismo como un disco rayado. Vos, al final, siempre te salís con la tuya. *(baja la vista y aúlla despacito mirando al suelo.)*

ROSA - Eso es un aullidito. Mamá quiere el aullido del lobo malo, el del lobo enojado. El de los perros del Polo Norte. Esos que son tan feroces ... *(llamándolo como a un perro)* Vamos, Bobby ... *(castañetea los dedos)* Dale, Bobby ... *(golpea fuerte la mesa con su palma o con el puño cerrado)* Ya, Bobby!

ROBERTO- *(aúlla fuerte. La cabeza levantada. Las manos muy apretadas al borde de la silla. El aullido de verdad del otro perro le responde desde la veterinaria.)*

ROSA - Ese perro de mierda ... No me dejó dormir en toda la noche. Quería dormir, cerrar los ojos y cuando lo lograba, otra vez el aullido.

ROBERTO- Los perros extrañan ...

ROSA - Me dijiste que le ibas a dar un calmante.

ROBERTO- Se lo di.

ROSA - Y qué efecto le hizo? Le hubieras dado más.

ROBERTO- Es peligroso. Te pasás de la dosis y el animal se puede morir.

ROSA - Los dueños se fueron de vacaciones y lo dejaron acá como un paquete. Mucho no lo querrán. Capaz que si lo pasás para el otro lado hasta te lo agradecen y todo. Esta noche quiero dormir tranquila, así que dale doble ración de calmantes. Y si se muere deciles que fue de tristeza o por el estrés de no verlos, así les amargás las vacaciones. Por suerte la embalsamada no puede ladrar, si no qué concierto habría! Yo estaba soñando y el aullido del perro me sacó del sueño. Vos soñás?

ROBERTO- Sí. Como todo el mundo ...

ROSA - Anoche soñaste?

ROBERTO- *(rápido)* Sí. No.

ROSA - En qué quedamos? Soñaste o no soñaste? Primero decís que sí y enseguida que no. Ponete de acuerdo con vos mismo.

ROBERTO- Soñé, sí ...

ROSA - Y qué soñaste?

ROBERTO- Que volaba. Que mi cama y yo volábamos ...

ROSA - Qué lindo. Y por dónde volaban?

ROBERTO- Por todo el cielo. La cama me llevaba de aquí para allá. París, Turquía,
Estocolmo. Y en todos esos lados estaba papá esperándome.

ROSA - Entonces lo que tuviste fue una pesadilla. Ahora sólo falta que me digas que en
tu sueño estaba Leo y ahí la completás.

ROBERTO- No. Leo no estaba. Yo nunca sueño con Leo.

ROSA - Pero alguna muchachita habría en tu sueño, no?

ROBERTO- Por qué lo decís?

ROSA - Por las sábanas y el pañuelo.

ROBERTO- No. Ninguna muchachita.

ROSA - Y yo? Yo aparecía en tu sueño?

ROBERTO- No. Y vos, soñaste?

ROSA - Claro.

ROBERTO- Con papá?

ROSA - Estás loco. Nunca sueño con él. Ni con Leo. Ni con ninguno de tus bichos. Mis
sueños son lindos, placenteros. Llenos de amor y paz. Hay túneles y al final
está la luz ... *(como una gran verdad)* Es que: "soñar no cuesta nada". Ay,
ese es el título de una película de Mirtha Legrand y la hermana. Digo yo:
cuántos años puede tener Mirtha Legrand? Porque yo era chica y ella ya era
una señorita. Debe tener, por lo menos, como noventa años o más. *(otro
tono)* Bueno, vos qué vas a hacer?

ROBERTO- Seguir con Gilda.

ROSA - *(levantando las tazas)* Me parece bien. Yo voy a trabajar por vos y por mí.
(camina.)

ROBERTO- Llamás trabajar a lavar dos tazas?

ROSA - *(vuelve con una caja)* Lo digo por esto. *(le muestra la caja.)*

ROBERTO- Laxantes ... Laxantes para perros y gatos ... No entiendo ...

ROSA - Si no fuera por mí la veterinaria ya estaría cerrada y clausurada. *(mostrando un
laxante)* Viste que tienen forma de caramelitos para – según ustedes los
mataburros – hacerlos atractivos a los animales? Bueno, yo me voy a hacer

una recorridita por el barrio. Y casa donde haya perros, al descuido, así, como sin querer, les tiro un puñadito de estos caramelitos. Y vas a ver como mañana se te llena la veterinaria de clientes. Un beso. *(se lo da ella y sale lo más contenta. Roberto la mira irse. Apagón.)*

FIN DEL PRIMER CUADRO

CUADRO SEGUNDO : EL ALMUERZO

(Oscuridad. Vuelve el ruido de aullidos, maullidos y/o rugidos mezclados con la música ciudadana. Un fuerte olor a formol y/o alcohol viene del escenario. Sube un poco la luz. En una semi penumbra se ve, detrás del nylon, la silueta de Roberto poniéndose su túnica de veterinario. También se ve la silueta de Rosa que, primero, pasa por delante del nylon y después va poniendo la mesa, mientras tararea un tema de Sandro. Detrás del panorama, ahora se adivina a Roberto, trabajando con la mascota a embalsamar. Rosa, por delante, se acerca al nylon y “mira” lo que el hijo hace. Un instante así. Luego tarareando su canción hace mutis. Desde adentro llama.)

ROSA - Bobby ... hora de comer. *(Roberto detiene su trabajo)* Me oíste? Ya está la comida.

ROBERTO- *(se traslada por detrás del nylon y aparece ante el público con su túnica y guantes puestos. Trae con él una cajita. Llega hasta la mesa. Ve puesta la mostaza. La levanta. Murmura para él)* Seguro que hay “panchos” ...

ROSA - *(precedida por el olor a frankfurtes, entra con una ollita y/o bandeja. Fuerte:)*
Bo ... *(al verlo, cambia)* Me oíste?

ROBERTO- Te oí yo y todos los vecinos. Nunca probaste hablar bajo?

ROSA - Y ser como vos? Que hablás para adentro? Poco y para adentro. *(deja la olla y/o bandeja y con el mismo movimiento enciende el televisor y lo deja con un volumen bajo.)*

ROBERTO- Vas a ver tele?

ROSA - Tomo mis precauciones.

ROBERTO- Tus precauciones ...?

ROSA - Te conozco y me conozco. Nuestros almuerzos deben ser los más silenciosos del mundo entero. Vos no querés o no tenés ganas o no podés hablar. No tenés tema o no querés tenerlo. Pero, gracias a Dios, alguien inventó este aparato maravilloso y la tele sirve para llenar nuestros silencios o para darnos tema. Mirá, por ejemplo, ese aviso. Mujeres impecables que limpian y enceran pisos. Lavan vidrios, cocinas y graseras. Y antes y después están divinas. Ni un pelo se les movió. Las quisiera ver acá a esas. Limpiando la casa primero y la veterinaria después. Mierda y orines de todo tipo de bichos: ratas, loros, perros, gatos ...

ROBERTO- (*levanta el vaso*) Salud. Lindo tema para el almuerzo. La mierda y los orines de una veterinaria. Te faltó la sangre.

ROSA - A veces siento que tengo ese olor pegado a la ropa, al pelo, a la piel y que la gente me mira con asco y se aparta de mí en la calle ...

ROBERTO- Te miran con asco y se apartan porque sos “la rara”. Vos y yo también. O no sabías que en el barrio nos llaman “los raros”?

ROSA - Lo sé y me importa un pito a la vela. Son unos lenguas largas. Que se metan en la vida de ellos y no en la mía o en la tuya. Además, qué sabés vos? Si ya no salís a la calle. Vivís sucuchado acá adentro. Todo lo tengo que hacer yo. Rosa para un lado, Rosa para el otro. Y el nene acá. A veces no te entiendo ...

ROBERTO- Y para qué querés que salga? Para ver a hombres y mujeres durmiendo envueltos en diarios? Para ver a chiquilines mendigando monedas o limpiando – a prepo – parabrisas para que les den algo? O para ver – como vi – aquel día a tres muchachotes pateándole la cabeza a otro que estaba tirado y gritaba de dolor? Y ver el montón de gente alrededor mirando el espectáculo sin hacer nada? Nada de nada ...

ROSA - Y vos hiciste algo? Te metiste entre ellos para separarlos? Socorríste al herido?

ROBERTO- (*mueve la cabeza lento, negando.*)

ROSA - Claro. Vos te encerraste acá adentro. Entre tus animales. Total: ellos no preguntan. El famoso “no te metás” se aplica a vos, a mí y a todos los que miran a otro lado.

ROBERTO- (*muy bajo*) Yo, alguna vez, soñé con cambiar el mundo ...

ROSA - (*ríe*) Vos, yo, tu padre, tu hermano Leo y los que nos llaman los raros, soñamos

con cambiar el mundo.

ROBERTO- (*bajo*) Ahora me da miedo ...

ROSA - (*declamado*) “Todos soñamos con cambiar el mundo. Pero la realidad es esta, la de todos los días. La que no cambia. La que nació y la que va a morir con nosotros.”

ROBERTO- Otro brindis. (*levanta el vaso*) Habló “Miss Casabó”.

ROSA - No. Esa fue una frase que tuve que aprender para “Miss Verano”. Todavía se nota que la repito como de memoria?

ROBERTO- La verdad es que sí. Capaz que cuando la dijiste sonó verdadera. Qué cómica esa. La palabra “Miss”. (*ella lo mira interrogante. El explica*) “Miss”, señorita en inglés. Digo yo: ninguna puede ser: “Señora Casabó”? “Señora Verano”? Estar con una panza de siete meses hasta la boca?

ROSA - (*ofendida*) No. Ahora andan con esas bobadas en los concursos españoles. Pero te garanto que yo cuando fui “Señorita Casabó” y “Señorita Verano” era eso: una señorita. Virgen como la mismísima Virgen María.

ROBERTO- Sí ...?

ROSA - Y cómo creés que cacé a tu padre? Aparte que era más linda que ninguna, era virgen. Impoluta, che. Sin mácula alguna. Era como una porcelana importada: sin fallas.

ROBERTO- Si vos lo decís, yo ... (*hace como que le pone un cierre a su boca.*)

ROSA - Y hacés bien. Lástima que no estén acá tu abuela (*se persigna.*) o tu padre para que te lo confirmaran. Yo entregué mi virginidad la noche de bodas ...
Cómo llegamos a este tema?

ROBERTO- No sé.

ROSA - Ahora lo importante es que no se enfríen los “panchos”. (*va a servir.*)

ROBERTO- (*cargado*) “Panchos” ...?

ROSA - “Panchos”, sí. Por ...?

ROBERTO- Vos sabés bien que a mí no me gustan los “panchos”.

ROSA - Es lo que hay. Son rápidos, baratos y te solucionan una comida. Yo, bastante les cociné primero a mi madre, a tu padre después hasta que se fue y a tu hermano mientras vivía acá. Era la sirvienta de todos. Vos no sabés lo que le hace el vapor de las comidas a la cara. Las seca, las agrieta, las envejece. Y el pelar papas, boniatos o lo que sea te encallece las manos. Y las grietas, las

grietas que te deja el jabón en polvo ... Así que ahora que estamos vos y yo solos, mamita ya no cocina más platos elaborados. Hoy hay “panchos”. “Panchos” o nada. Y mañana será pizza. Y pasado cualquier cosa comprada hecha.

ROBERTO- Vos sabés con qué hacen los “panchos”?

ROSA - (*burlándose*) A ver, señor veterinario con título y chapa en la puerta, desásneme, por favor! Con qué se hace uno de estos? (*con el índice estirado y después de soplarlo, comienza a comer el “pancho” lentamente.*)

ROBERTO- Te puedo dar una lista así de larga. Y me quedo corto. (*enumera implacable*) Todo lo que en el matadero se descarta de vacas, caballos, cerdos y – tal vez – de gatos y perros, lo hierven, lo prensan y te lo dan a vos envasado en plástico. Las uñas, los pelos, las vísceras putrefactas, todo lo que no sirve está adentro de ese “pancho” que te estás comiendo.

ROSA - Y uñas, pelos y vísceras de yegua no hay?

ROBERTO- Sabés que no. Y sabés por qué es? Porque podía patearles a mujeres como vos.

ROSA - No vas a comer entonces?

ROBERTO- No.

ROSA - No te sirvo.

ROBERTO- No. Ene – o. No. Parece como que lo hicieras a propósito. Siempre tenemos esta misma discusión.

ROSA - Porque sos un cabeza dura. Claro, el niño querría pato a la naranja, pulpo a la gallega. Faisán, ostras. “Panchos” no. Los “panchos” son vulgares. Sabés cuántos de este barrio los comerían sin hacerse tantos problemas como vos? No me alcanzan los dedos de las dos manos. Lo que es yo – digas lo que digas – no me privo de comer. (*se sirve. Luego aparta uno*) Este no. Por la silueta. Me tengo que cuidar. Ensalada tampoco querés?

ROBERTO- Tampoco.

ROSA - Mirá que va a haber lo mismo para la cena. (*él se encoge de hombros*) Y no desayunaste tampoco.

ROBERTO- (*se sirve agua*) Me va bien no comer por un día. A lo mejor así me parezco a esa gente del barrio que vos decís.

ROSA - Vos no te parecés a nadie. No sé a quién saldrás.

ROBERTO- En el desayuno me dijiste que a uno de los abuelos.

ROSA - Te lo dije por decir. No te parecés ni a tu padre y menos a mí. Ni en los ojos, ni en la nariz, ni en la boca. Tampoco en el carácter.

ROBERTO- (*irónico*) No seré hijo de una gitana? Alguna que pasó por aquí. Y como no le gustaban mis ojos, mi nariz, mi boca y menos mi carácter, me dejó en la puerta. Y vos, Rosa Pérez, virginal y pura, me acogiste entre tus brazos amorosos.

ROSA - Si no te hubiera parido a lo mejor ese cuento me lo creía. Pero te tuve que parir. Horas de pre parto. La partera y las enfermeras ya te tomaban el pelo antes de nacer. Golpeaban aquel vientre deforme que yo tenía y te decían: “Dale, nene, salí que tenemos que irnos a casa”; “Vamos o tenés miedo de venir al mundo?” Y saliste cuando vos quisiste. Cuando ya estaba transpirada, con mal olor, cansada, dolorida, harta. “Es ochomesino – me decían – los de ocho meses son más bravos para salir”. Y al final, saliste. Cuando la partera – cansada y harta también – poco menos se sentó encima de aquella panza agrietada que yo tenía. Después te pusieron encima de mi pecho para que te mirara y para que vos sintieras los latidos de mi corazón. Di vuelta la cara y deseé que mi corazón dejara de latir. Eras como un pescado morado, lleno de escamas y envuelto en un líquido resbaloso.

ROBERTO- Gracias, mamá. Nunca contaste con tanto entusiasmo mi nacimiento.

Seguro que con Leo no tuviste todos esos penares.

ROSA - Con Leo fue entrar y salir. Rompí la bolsa de agua y nació él. Parecía que hasta se reía ...

ROBERTO- Leo ... El hijo preferido de los dos, no? El de papá y el tuyo ...

ROSA - A Leo lo quise. Leo fue diferente.

ROBERTO- Fue no. Es. Leo, que yo sepa, no murió.

ROSA - Para mí, sí. Desde que se fue de esta casa él murió para mí.

ROBERTO- Vos lo obligaste a irse, no?

ROSA - Qué sabés? Vos eras chico.

ROBERTO- Chico, pero no sordo ni ciego. Yo vi cosas entre ustedes. Oí cosas.

ROSA - Qué cosas?

ROBERTO- Gritos, peleas, discusiones.

ROSA - Eramos demasiado iguales. El mismo carácter. El mismo genio. Si hasta llegó a

levantarme la mano.

ROBERTO- Se habría cansado. Vos le pegabas por cualquier cosa.

ROSA - Como una madre a un hijo rebelde. Para enderezarlo. Hasta que un día lo eché.

ROBERTO- Lo echaste o él se fue solo?

ROSA - Cambia algo la cosa? Se fue. Me dejó. Y no le importó como quedaba ni qué iba a hacer de mi vida. Se fue. Ahora andaré quién sabe con qué juntas...

ROBERTO- Te diste cuenta, mamá? En todos estos años nunca hablamos tanto de Leo como hoy.

ROSA - *(señalando el televisor)* Capaz que porque el partido ese es muy aburrido.

ROBERTO- Si yo te dijera que Leo ... *(se contiene.)*

ROSA - Que Leo, qué??

ROBERTO- No, nada.

ROSA - Nada, no. Qué me ibas a decir?

ROBERTO- Nada.

ROSA - No será cierto lo que me dijo la vecina? Que le pareció verlo rondando la casa? Habló contigo? Tuvo el tupé de meterse aquí? Buscó un día, algún momento en que yo no estaba? El martes de la semana pasada yo entré de golpe a tu cuarto y vos te sobresaltaste mucho. Demasiado casi. Y había un olor raro en tu cuarto. Un olor que me hizo acordar de Leo. Vos me estás ocultando algo?

ROBERTO- Capaz que es una mentira mía. Otra más entre los dos. Y van ... Qué destino el tuyo, no? Papá te abandonó. Leo también. Sólo te quedó el ochomesino. Poco menos que el hijo bobo de la familia. Sabés cuál fue mi único error? Nacer y te lo debo a vos.

ROSA - *(se acerca)* Bobby ... *(intenta acariciarlo.)*

ROBERTO- No me toques.

ROSA - Te toco todo lo que quiera.

ROBERTO- No me toques, mamá. No me gusta cómo me tocás. Siento como si no fueras mi madre. Casi me tocás como una mujer a un hombre. *(suave)* Y yo te quiero, mamá ...

ROSA - Yo también. *(se pone detrás de él y le va acariciando la cara.)*

ROBERTO- A tu manera.

ROSA - Sí. A mi manera. Yo soy como soy. O como me hicieron. *(le acaricia los ojos)*

cerrados, la boca) En mi época no se acostumbraba a besarse entre hijos y padres. Si hasta había que tratarlos de usted y pedirles permiso para todo ...
(lo mece suave. Le vuelve a acariciar los ojos.)

ROBERTO- *(para romper este clima. Fuerte)* Los ojos ... *(le quita las manos a la madre y se levanta.)*

ROSA - Los ojos ...? Qué ojos ...?

ROBERTO- Los de Gilda.

ROSA - *(todavía sin entender. Repite)* Los de Gilda ...?

ROBERTO- La perra de la vieja con plata.

ROSA - *(“revive”)* Qué pasa con la vieja con plata? Qué pasa con el bicho embalsamado?

ROBERTO- Calma, mamá. Te quiero hacer una consulta.

ROSA - Una consulta?

ROBERTO- Se ve que comer esos “panchos” te afectó el entendimiento. Hace como cinco minutos que repetís todo lo que yo digo. Ni que te estuviera haciendo preguntas para tu concurso de belleza.

ROSA - Aquellas preguntas las sabíamos de antemano. Te las daban una semana antes. Pero contigo no sé. Cambiás de un minuto a otro, de un momento a otro.

ROBERTO- *(abriendo las manos y con amplia sonrisa)* Porque soy raro, mamá. *(toma la caja. La abre)* Mirá. No me decido. Ayúdame. La señora me trajo fotos de la perra. Una cantidad. Pero en las fotos, los ojos parecen diferentes en todas. Hasta con lupa los miré y no me decido cuáles ponerle. *(levanta una bolita)* Mirá. Qué te parece éste?

ROSA - Y ... es una bolita.

ROBERTO- Sí, son bolitas. Pero lo que yo quiero captar es la mirada. A ver esta otra. *(le muestra otra bolita)* Y ...?

ROSA - La miro y, para mí, es una bolita. Aunque le pongas la otra o esta o cualquiera de la caja, a la dueña le va a gustar. La gente se vuelve idiota con sus mascotas.

ROBERTO- Lo que yo hago es arte. Primero hay que elegir el color justo, el tono adecuado. Más claro, más oscuro. Más brillante, más opaco. Poner el que se elija finalmente en las cuencas vacías y después con masilla, pegamento, pincel y color, darle vida a la muerte. Yo tengo que lograr la mirada de

Gilda para que ella vuelva a mirar a su dueña igual que antes.

ROSA - Para mí son vidrios y el bicho – con o sin esos vidrios – siempre va a estar muerto.

ROBERTO- (*guarda la bolita en la caja y la cierra con fuerza*) No son vidrios y, para mí, esa perra no está muerta.

ROSA - Claro que para vos no está muerta. Si hasta le hablás y la acariciás.

ROBERTO- (*sorprendido*) me viste?

ROSA - Sí. Y qué? Te miro, te vicho a escondidas. Le hablás y tocás a eso con más cariño que a mí. Y volvés con un olor a formol encima que voltea y que me revuelve el estómago. Pero, mirate. Si hasta no te sacaste los guantes. Tu idea era comer algo a las apuradas, con tus ojos en el plato y después volver para estar a solas con tu Gildita ...

ROBERTO- (*mete su mano en uno de los bolsillos de la túnica. Saca algo y se lo muestra*) No me saqué los guantes y tampoco dejé este bisturí en la veterinaria. Vos no me respetás. Nunca me respetaste.

ROSA - Qué decís?

ROBERTO- Siempre espiándome. Vichándome siempre, como vos decís. Nunca me respetaste. Te metés en mis cosas, en mis espacios. Y no te importa si me doy, o no, cuenta de que lo hacés.

ROSA - También me meto en tus chanchadas. Yo soy la que lava tus sábanas. Vos, no. Ese es mi trabajo.

ROBERTO- Tu trabajo? Si vos siempre estás para las cremitas. Crema para la cara, para los pies, para las manos, para los codos ...

ROSA - Hablás casi como con envidia. Cómo con dos palabras vos arreglás las cosas! La vida no es así. El mundo no es así.

ROBERTO- (*la imita*) “La vida no es así. El mundo no es así.” Otra vez te salieron las declaraciones de Miss Verano. A ver si tenés respuestas preparadas para estas preguntas: Por qué se fue papá? Cuándo? Cómo? Por quién? Pero decímelo mirándome a los ojos. (*la detiene por un brazo*) Contámelo. Pero, esta vez, con la verdad.

ROSA - No me toques.

ROBERTO- Te toco todo lo que quiera.

ROSA - Tu padre era un borracho, un mujeriego. Sin ningún motivo, porque sí, empezó

a pegarme ...

ROBERTO- La verdad, mamá. Decime la verdad y no las mentiras que me sé de memoria.

ROSA - (*sentándose. Sin gesto alguno*) Qué querés que te diga? Cómo querés que te lo diga? Cuando empecé a perder la frescura que lo había deslumbrado, cuando me empezaron a salir las primeras arrugas y mi cuerpo ya no fue el de una joven, cuando se aburrió de mí, buscó a otras mujeres. Yo ya no era para él la porcelana recién salida de una fábrica. Sin fallas, linda de tocar, suave, brillante ... (*queda en silencio.*)

ROBERTO- Eso fue todo? Tan simple?

ROSA - No me di cuenta cuándo empezó. Se iba. Desaparecía por dos o tres días. Volvía y me pedía perdón. Y yo le creía. Se acostaba conmigo y eso le daba el punto final a la cosa.

ROBERTO- Pero a vos no te conformaba ...

ROSA - No. Lo quería sólo para mí. El era mío. Yo le había dado todo. Después empezaron a llamar las mujeres a casa. Mujeres que cortaban cuando yo atendía el teléfono. Y él siguió yéndose por más días. Y volvía. Pero ya no pedía perdón. Y en vez de acostarse conmigo me pegaba cada vez más fuerte y cada vez más seguido ...

ROBERTO- Así que vos – al final – eras la pobre víctima? Sabés que no te creo? No te creo ni una sola palabra.

ROSA - Leo tampoco me creyó ...

ROBERTO- A lo mejor no te creyó porque vio cosas que no debía ver ...

ROSA - Qué cosas?

ROBERTO- Las que yo sé. Las que me contó Leo. Pero ahora lo que me interesa es escuchar tu versión. A lo mejor la tuya y la de Leo coinciden y yo te tengo que dar la razón.

ROSA - La última mujer. Fue ella. Lo enloqueció. Era joven, linda y virgen. Y él volvió a encontrar su porcelana. Ahora sí que me iba a dejar para siempre. Pero yo no se lo iba a permitir.

ROBERTO- (*muy suave*) Entonces lo seguiste ...

ROSA - Lo seguí.

ROBERTO- Y lo viste con ella.

ROSA - Lo vi con ella. Entraron abrazados y riéndose en un edificio de apartamentos.

Parada, en medio de la calle, estuve atenta hasta ver donde se prendía una luz. Y fue en el piso sexto, séptimo o noveno. Me costaba contar los pisos. Me colé como pude. Apretando timbres, imitando voces, hasta que alguien me abrió.

ROBERTO- Entonces ahí hiciste la gran escena. Tu papelón habitual ...

ROSA - No habían cerrado la puerta. Entré y había alfombras por todos lados, así que no me oyeron ni me vieron, hasta que estuve al lado de ellos. Estaban en el balcón. Las cortinas no se movían. Ella me vio primero y pegó un grito parecido al que dan las ratas cuando uno las mata. Y él no dijo nada. Sólo se rió y siguió fumando como si nada ...

ROBERTO- Y vos qué hiciste? Gritaste? Los insultaste.

ROSA - No me acuerdo lo que hice. No me acuerdo cómo salí de ahí tampoco. Lo que sí sé es que cuando llegué a casa, tu padre me estaba esperando en la cama. No sé si me quería pegar, matar o acostarse conmigo, envuelto todavía en el perfume barato de aquella mujer, que cuando estiró su mano me defendí como un animal golpeado.

ROBERTO- Y ahí lo mataste ... *(bajo.)*

ROSA - Eh ...?

ROBERTO- Ahí lo mataste, no? *(más alto.)*

ROSA - Lo insulté. Le grité. Me pegó y le pegué. Intentó cogerme a la fuerza y yo me revolví como pude. Me rompió la ropa y se la rompí. Quiso ahorcarme y me defendí.

ROBERTO- *(cada vez más fuerte)* Ahí lo mataste.

ROSA - Yo no lo maté.

ROBERTO- Mentís. El te vio hacerlo.

ROSA - Quién?

ROBERTO- Leo. Leo te vio. Y vos lo viste y le gritaste que se fuera.

ROSA - Leo siempre andaba descalzo por toda la casa. Tenía, desde chico, la fea costumbre de abrir la puerta de nuestro dormitorio. Y se quedaba, ahí parado, mirándonos como un sonámbulo. O tu padre lo echaba o yo. Pero él nunca perdió esa costumbre de mirar ...

ROBERTO-*(irónico)* De vichar ... Querés que te diga cómo me lo contó Leo? Cuáles

fueron sus palabras exactas? Me lo contó una y otra vez hasta que lo aprendí de memoria y después yo se lo contaba a él. Lo hizo para que yo fuera su testigo. Para que yo tuviera cuidado con vos por si él, algún día, no estaba para protegerme. Querés que te lo cuente?

ROSA - *(mordiéndose las palabras)* Me muero por escucharlo ...

ROBERTO- *(casi como si fuera otro)* “Ella parecía una loca. Desnuda encima de papá. Bañada en su sudor. El pelo pegado a la cara y a la espalda. Sentada encima de él. Cabalgándolo como una yegua alzada, mientras le pegaba con los puños cerrados en el pecho. Y le arañaba la cara. Le arrancaba mechones de pelo y le rompía la ropa insultándolo como una puta baja y ordinaria. Diciéndole que lo iba a matar, que lo iba a descuartizar ...”

ROSA - Le dije que lo iba a matar, sí. Creo ...

ROBERTO- Desde esa noche nadie más lo vio. Desapareció. Se perdió en la nada. Vos lo mataste. *(van subiendo en su discusión.)*

ROSA - No. Te juro que no.

ROBERTO- No te creo. Lo mataste, sí. Lo cortaste en pedacitos como le dijiste y después lo enterraste ...

ROSA - Yo no lo maté.

ROBERTO- Te vio Leo. Te vio y te oyó. Oyó como arrastrabas el cuerpo sacándolo de la casa.

ROSA - Tu hermano inventaba. Mentía. Te llenó la cabeza con sus locuras.

ROBERTO- Leo y yo revisamos el sótano y el fondo. Buscábamos olores, cuerpos ...

ROSA - Tu hermano estaba loco.

ROBERTO- Vos sos la loca. Vino la policía. Eso no me lo contó Leo. Yo mismo los vi. *(la va persiguiendo y en esa persecución van tirando sillas y todo lo que hay sobre la mesa)* Me acuerdo de los uniformes y que eran tres. Me acuerdo que me dio miedo. Golpearon la puerta y yo les abrí ...

ROSA - Eran dos. Y vinieron más de una vez porque yo misma denuncié la desaparición de tu padre.

ROBERTO- Vos lo mataste. *(la va acorralando.)*

ROSA - No.

ROBERTO- Sí. Decí que sí. *(los dos jadean como animales.)*

ROSA - Querés que te diga que sí. Bueno, te digo que sí. *(llega al grito)* Sí. Sí. Sí. *(él la*

toma por detrás. A la fuerza la hace hincar. Saca su bisturí.)

ROBERTO- Y si te abro en dos como a la perra? Es fácil. Muy fácil. Primero levantás el hocico del animal. *(levanta hacia él el rostro de Rosa)* Después apoyás suavemente el bisturí y buscás la garganta. *(él lo hace. En las pausas de Roberto se oye el jadear de los dos. El se hinca detrás de ella)* Hay que desollarlo haciendo un corte a lo largo del cuello y del vientre. Un corte límpido desde la glotis hasta donde termina el vientre y después otros cortes, los que van por dentro. Los que cortan las manos primero *(le golpea y separa los dos brazos. Ruido ahogado de ella)* Y les quiebran las patas después. *(empuja a la madre hacia delante, dejándola como en cuatro patas. El pelo de ella le cubre la cara y casi toca el suelo. El se levanta. Se para detrás de ella. El bisturí sigue en una mano. Con la otra la toma del pelo)* Se extrae el cráneo dando vuelta la piel del cuello. Se sacan todas las tripas y se descartan y después – despacito, muy despacito – para no romper ni agujerear la piel, se despelleja al animal. Lo más difícil son las patas. Hay que ser muy cuidadoso, mamá. Muy astuto, mamá. Muy hábil... *(le pone el bisturí en el cuello.)*

ROSA - No. Roberto. No ... *(él junta su cara a la de ella.)*

ROBERTO- Ves? Esos son los ojos. Esa es la mirada que tengo que conseguir. Esa mirada vidriosa ... *(ella o él, uno de los dos empuja al otro. Los dos entre la comida tirada, las sillas volcadas, los platos y vasos en el suelo.)*

ROSA - *(levanta la cabeza. Mira hacia delante. Pregunta bajo)* Entonces ... esto es la guerra?

ROBERTO- *(gateando llega hasta la caja de bolitas)* Es la guerra, mamá. *(se para.)*

ROSA - *(gateando llega hasta el televisor. Apoyándose en él se levanta)* Hasta el final, Bobby ...? *(se da vuelta y lo mira.)*

ROBERTO - *(mirándola)* Hasta el final, mamá. *(yendo hacia el nylon)* Hasta el final. *(mutis de él atrás del nylon, donde su figura se agiganta. Rosa de espaldas al público, mira esa figura y apaga el televisor. Apagón.)*

FIN DEL SEGUNDO CUADRO

CUADRO TERCERO : LA MERIENDA

(Oscuridad. El mismo sonido con que se abren todos los cuadros. La luz va subiendo sobre Roberto. Está sentado en el suelo al lado de su cama con una carta en la mano. Sobre la cama hay un maletín de ejecutivo abierto lleno de cartas y sobres. En el otro sector, Rosa, en una semi penumbra, limpia y ordena lo que se ha caído en la pelea anterior. Muy bajo se escucha una canción de Sandro. La carta comienza a oírse grabada por Roberto y en determinado momento el actor la va diciendo en vivo.)

ROBERTO- “Querido hermano Roberto: nunca como ahora he pensado tanto en vos.

Hace pocos días estuve cerca de casa, parado en la vereda, enfrente de la veterinaria. Esperaba que, en algún momento, salieras o que estuvieras solo para acercarme y abrazarte. Sólo vi a mamá que salió con una bolsa de hacer mandados. Muy arreglada y con el mismo dinamismo de siempre. Cuando desapareció en la calle me contuve para no cruzar y entrar a la veterinaria. Me dio miedo que ella volviese y me encontrara contigo. Esperé un rato largo para ver si te asomabas. Me sentí como un ladrón al acecho, que está esperando el momento oportuno para cometer un robo. Enano, no sé cuándo podré volver. Estoy viajando permanentemente y sólo paro algunos días en Montevideo. He conocido muchos lugares y no te imaginás con cuánta gente he tratado y cuántas ciudades he visto. No pienso más que en sacarte de esa casa. Yo sé que, pese a todo, vos la querés a mamá, pero también sé que estás deseando venirte conmigo y liberarte del pasado y del presente. Falta poco, enano querido. Ya volverás a reír y a disfrutar como lo hacíamos juntos, antes, para no ver los problemas de papá y mamá y lo que ella hizo con él. Estoy tramitando el alquiler de una casa en Buenos Aires. Va a ser lo mejor. El irnos sin que ella sepa adonde. Por mamá no tenés que

preocuparte. No va a quedar desvalida. Ella, no sé cómo, seguramente con algún abogado trucho, consiguió que los familiares de papá le pasen una pensión de por vida. El intrigar, el mentir, el especular, el matar es lo de ella. Resistí un poco más, Roberto. Muy pronto tendrás más noticias con los planes a seguir. Un abrazo fuerte de tu hermano. Leo”. *(luz en todo el escenario. Al mismo tiempo acciones de Rosa y Roberto. Este termina de decir la carta y la dobla y la guarda en el maletín junto a las demás. Toma otra carta. Está cerrada en un sobre azul. Se queda con ella en la mano. Rosa ha terminado la limpieza y pone con fuerza, a propósito, su libro de recortes sobre la mesa. Lo abre y se queda parada. El ruido sobresalta a Roberto, que trata de esconder el sobre dentro del maletín. Lo hace. Rosa da unos pasos como para acercarse al cuarto de Roberto. Los dos en suspenso, quietos, tratando de adivinar lo que hace el otro. Su actitud tiene que recordar cuando un animal olfatea el peligro.)*

ROSA - *(desde su lugar)* En la cocina tenés el café con leche. Yo no te lo pienso llevar ahí. Me oíste, Bobby? *(pequeña pausa. El con su cuerpo o con la frazada tapa el maletín, tratando de no hacer ningún ruido. Rosa se encoge de hombros)* Bueno, es tu problema. Yo cumplí preparándote la merienda. Si querés seguir sin comer, seguí. Y si no querés hablar, no hablés. Lo que es yo ya comí y aunque vos te hagas el sordo o el dormido yo te voy a hablar igual. Total? Qué cambia? Nada. A veces estás sentado al lado mío y es como si no estuvieras. *(irónica)* Ah ... a lo mejor tu guerra es estar en silencio. Pero yo declaro una tregua. Hoy, esta noche, pasan por la tele el concurso de “Miss Atlántico del Este”. Y mi cabeza, mi alma, mis recuerdos se me vienen todos de golpe. *(se sienta y acaricia el álbum.)* Y a alguien se los tengo que contar. *(más alto y con la cabeza en dirección hacia el cuarto de Roberto)* No sé ... estoy como nerviosa, loca ... y a lo mejor se me escapa algo que nunca conté. Cosas mías y de tu padre cuando ni vos ni tu hermano estaban ... *(Roberto se sienta en la cama. Ella acaricia el libro. Bajo, como para sí misma)* Concursos ... concursos de belleza eran los de antes ... *(leyendo con entusiasmo un recorte)* Escuchá: “Rosa Pérez en el momento de ser coronada “Miss Verano”. La simpática jovencita recibe de manos de uno de los miembros del jurado, el doctor Martínez Salvo, su

premio consistente en dos pasajes a Buenos Aires más dos entradas para el “Gran Rex” para presenciar en primera fila el recital de Sandro”. (*acaricia el recorte*) Hum, a tu padre en esta foto lo vende la mirada. Le falta el hilo de baba colgándole de la boca. Me contó después, que yo le había gustado desde el primer desfile en ropa “sport”. Y que cuando me vio en malla tuvo una erección. Viste que estuve fina? No dije la otra expresión. Dije erección. Es que cuando yo quiero hablar bien, hablo bien. (*acerca más su cara a la foto*) Si hasta se le nota en la manera como me tiene la mano. Yo, sentí algo raro, en ese apretón, en esos dedos que acariciaban mi mano helada por los nervios que tenía. Al tiempo me dijo que no supo cómo pudo controlar el deseo de llevar mi mano fría hasta su bragueta ardiente. (*ríe fuerte y vulgar*) Todavía me imagino la cara de mamita si ese veterinario de doble apellido hubiese apretado la mano de “Miss Verano” contra su bragueta inquieta. (*ríe más*) Y cuál sería la cara de la Señora Presidenta del magno Jurado – que era no sé qué cosa del Ministerio de Turismo – al presenciar aquello que tu padre y yo deseábamos sin saberlo? (*pasa otra hoja*) La verdad es que tu madre era liadísima. Una pinturita. (*Roberto se acuesta. Trata de taparse los oídos. Primero con las manos y luego con la almohada. O, si no, se mueve inquieto dentro de su cuarto*) Tu padre se volvió loco por mí. Se encaprichó conmigo. Se cegó. Yo era el juguete nuevo. La mujer a conquistar, a conseguir costara lo que costara. Nunca se le pasó por su educada cabeza que yo no le iba a dar un poquito así de entrada. Bueno ... un poquito de entrada le di. Me dejé apretar, refregar y que me tocara – de vez en cuando – un pecho. También le dejé que me levantara la pollera y que sus caricias llegasen hasta mis muslos. Pero hasta ahí no más. Bastaba un golpe de mis manos a las suyas. El se quedaba todo colorado. Sofocado. Y me rogaba: “mi reina”. Pedía, suplicaba: “mi reinita”. Pero yo no aflojaba. Sabía que si abría las piernas estaba perdida. Yo ... yo lo tocaba de gusto para enloquecerlo más y con un susurrado: “hasta mañana” le cerraba la puerta en las narices. Acá estoy cuando viajé con mamá a Buenos Aires por el premio. El fue atrás nuestro. Me vigilaba. Hasta paró en el mismo hotel y me seguía por las calles. Parecía un perro en celo. Por suerte no fue al “Gran Rex”. Claro un Martínez Salvo podía ir al “Colón”, al “Palais de Glace”

pero al Gran Rex y encima ver a Sandro era como demasiado. Igual estaba a la salida esperándome. *(pasa otra hoja)* Ah ... el programa de esa noche. *(al hijo)* Sabés que si me hubiese ganado un viaje a Europa no lo hubiera disfrutado tanto? Ver a Sandro, a Roberto Sánchez y esperarlo sentada entre esas mujeres jóvenes, viejas, rubias, morochas, gordas, flacas; todas gritando frente a ese enorme telón rojo cerrado. Cuando empezaron a apagarse, de a poco, las luces y a oírse bajito la orquesta, los gritos se convirtieron en alaridos. Y hasta mamita, que era de lo más reservada, se le escapó un gritito ronco, apretado. Después el telón se abrió y ahí estaba él, de esmoquin, sentado en un taburete y con un gran micrófono en la mano. Para mí fue como tocar el cielo. Y cuando cantó: *(dice la letra rapidito)* “Rosa, Rosa, tan maravillosa, como blanca diosa, como flor hermosa, tu amor me condena a la dulce pena de sufrir ...” yo sentí que sólo me la cantaba a mí. Sabés que cantó más de dos horas sin parar? Fumaba cantando, tomaba agua, hacía chistes con esa voz de él que no se sabe de dónde la saca, pero que te hace erizar la piel. Y al final, cuando cantó “Penumbras” con su bata roja puesta y con aquella toalla también colorada, encima de los hombros y empapada en su sudor, hizo que todas las mujeres del “Gran Rex” nos quedáramos mudas. Nadie se animaba ni a respirar siquiera. Mamita estaba pálida y a mí me parecía que el corazón se me iba a salir por la boca. *(se para. Canta)* “Te quiero y ya nada importa. La vida lo ha dictado así. Si quieres yo te doy el mundo pero no me pidas que no te ame más”. Sandro se acariciaba el cuerpo cantando esa canción. Y cuando agarró la punta de su bata, la enrolló y la sacudió frente a la platea como si nos estuviese penetrando a todas, fue la hecatombe. Ahí, yo y las otras aullábamos y le gritábamos cosas: “Petro”, “Papito”, “Haceme tuya”. Todas menos mamita. Ella se desmayó en ese momento. Por el calor, dijo. Sandro terminó la canción y nosotras cumplimos con el rito: tirarle bombachas. Yo saqué de mi cartera una de color negro, discretita. Y ahí, él, Roberto Sánchez, pronunció las palabras mágicas: “Quiero un foco sobre Rosa Pérez, la “Miss Verano uruguayaya” que nos visita. No sé cómo me paré. Pero me vi iluminada y a él que me tiró un beso y su toalla colorada. Yo la agarré y la apreté contra mi pecho y el olor de Sandro me envolvió. Casi caigo redonda

al lado de mamita que todavía seguía desmayada, perdiéndose todo. Ah ... qué lindos recuerdos. La toalla ... *(camina unos pasos hacia el hijo. Este se tensa. Se sienta en la cama)* ... nunca te la mostré. *(se detiene)* Es mi tesoro. La voy a buscar. La quiero tener cuando esté mirando ese concurso de cuarta. *(camina. Se detiene frente al álbum)* Ah ... si querés mirar, en esta hoja hay una foto de cuando nos casamos con tu padre. Nadie de su familia fue. Desde ese día cortaron relaciones con él. No podían creer que un Martínez Salvo se casara con una muchacha de barrio como yo. De barrio, sí. Pero virgen y con título nobiliario. Al fin y al cabo yo era reina y ellos, qué tenían? Plata. Sólo estaban podridos en plata. Tu padre me quiso hasta que vos naciste. Después ... *(se encoge de hombros)* Bueno, a quién le importa el después. Voy a buscar mi toalla. *(pisando fuerte va hacia las cajas del fondo y empieza a buscar. Mientras revuelve y saca cosas de una y otra caja, Roberto se levanta. Escucha para saber donde está su madre. Después destapa el maletín. Lo abre y busca la carta nueva. Apurado y nervioso rompe el sobre y lee la carta.)*

ROBERTO- “Enano: una vez más, como siempre, acá estoy contigo. La verdad es que sos un campeón. Seguís aguantando a la vieja y me seguís esperando. Eso me da más fuerzas para seguir con nuestro plan. Sé que no es fácil para vos estar de mi lado. Pude juntar algo de plata. No tanto como te prometí, así que te vuelvo a pedir perdón. Siento que otra vez te defraudé y no quiero que pienses que mi palabra no tiene valor y eso me parte el alma. Quiero que sepas que yo no te miento. Sos “re importante” para mí y hago lo que puedo. Aparte es como siempre digo: “para hacerlo, vamos a hacerlo bien. Si no, no lo hacemos”. Porque lo peor que hay es hacer las cosas por la mitad. Como lo hicieron toda la vida papá y mamá. Espero que me entiendas. Lo que te pido es paciencia por y para los dos. Lo que sí es seguro es que esta semana me va a entrar la plata que faltaba. Entonces, este domingo, a la noche, te voy a sacar de ahí. Voy a liberarte - al fin – de esa bruja, mentirosa y mandona que lo único que hace es cagarle la vida a los demás. Un consejo: a mí, para zafar un poco de un colapso en la azotea, me sirve poner todas mis energías en otra situación. En mi caso, en los número y en el tuyo con los bichos. Metele al mango en tu laburo y vas a ver que la cosa funciona mejor.

Te ordena y te concentra. A mí me sirve. La verdad es que te extraño cada vez más. Nada, enano, te quiero y te pido que aguantes. Es sólo hasta este domingo a la noche. Viste? Llegó el día al fin. No te parece mentira? Y si ella está presente o nos descubre, yo sé lo que tengo que hacer. Pero voy a sacarte de ahí pese lo que pese. Es una promesa. Leo”. *(Roberto queda un momento en suspenso mirando la nada. Luego, como si descubriera algo – mira la carta por ambos lados. Murmura:)* La fecha ... no tiene fecha ... *(se va agitando. Busca)* Dice este domingo ... Este domingo a la noche. Hoy. Leo viene hoy. *(mientras Roberto estuvo leyendo la carta, Rosa encontró la toalla. Vuelve a ordenar lo que sacó de las cajas. Se para y algo detrás del panorama llama su atención. Deja la toalla y hace mutis. Su figura se agranda. Se ve que toma un saco y que revisa sus bolsillos. Con esta acción sale con el saco en las manos. Lo dobla con cuidado y lo deja junto a la toalla. En una de sus manos tiene una cédula de identidad. Se golpea las manos con ella pensando. Sonriendo hace mutis detrás del panorama. Al momento se ve la luz de unas llamas y un olor a plástico quemado entra a escena. Roberto ha seguido con su acción. Excitado da vueltas con la carta en la mano sin saber por donde comenzar. Finalmente deja la carta y saca una valija que está debajo de la cama. Con una llave que tiene colgada al cuello o en una de sus muñecas abre la valija. Se ve o se adivina que está llena de ropa. En ese momento Rosa, está a pocos pasos de él. No ha hablado ni ha hecho ruido a propósito. Habla desde el lugar sobresaltando a Roberto.)*

ROSA - Qué manía la tuya de dejar siempre tu saco en la veterinaria ...

ROBERTO- *(queda paralizado por el miedo al sentirse descubierto.)*

ROSA - *(avanzando con este parlamento)* ... lo dejás con plata, llaves en los bolsillos.

Ladrones hay en todas partes. Mirá si fuerzan la puerta o rompen un vidrio.

Chau plata, chau llaves ... *(pone cara de sorpresa ante lo que ve. Roberto y Rosa se miran en una pausa larga)*

Y eso? Pensás viajar? Irte a algún lado?

(Roberto intenta cerrar la valija) Por qué tanto apuro? Escondés algo que yo no pueda ver?

ROBERTO- Es ropa. Sólo ropa mía.

ROSA - Capaz que el ladrón lo tengo en mi propia casa.

ROBERTO- Qué puedo robarte?

ROSA - *(actuado)* La vida. *(ríe)* Linda frase para este momento. Pero tengo otra mejor.

Podés robarme la plata que tengo guardada y dejarme en la calle. No serías el primer hijo que le hace algo así a la madre, ni el último.

ROBERTO- *(digno. Abre la valija)* Mirá. Fijate. Revolvé. Sacate las dudas ... *(ella se acerca. Estira su mano. Roberto se la toma)* No te basta el que yo te diga que es ropa mía y nada más?

ROSA - *(soltándose suave)* No. No me basta. *(Roberto se aparta. Toma el maletín.*

Mira a su madre que mete las manos entre sus ropas.)

ROBERTO- Y? Encontraste tus dólares? O son Euros o yenes?

ROSA - Siempre me intrigó el que tuvieras esta valija cerrada con candado y que, encima, la llave puesta en esa cadenita. *(desde el piso mirándolo burlona)* Sabés que esas llaves colgadas así te dan un aire de perro a la moda? *(otro tono)* Pero por algo les ponés llave a esta valija y a ese ridículo maletín. *(él da un paso atrás con el maletín)* Yo guardo mi ropa como toda la gente normal en un ropero sin llave.

ROBERTO- A lo mejor yo no soy normal como toda la gente.

ROSA - Más de una vez probé abrirlos con horquillas, cuchillos, tenazas. No podía rayarlo ni romperlo. Te hubieras dado cuenta. *(dice esto jugando con el candado en la mano o, simplemente, acariciándolo o mirándolo.)*

ROBERTO- Mirá. Una virtud que no te conocía: la prudencia.

ROSA - No. No es prudencia. Es viveza. Nada más que eso. Pensar más rápido que el otro. Estar siempre dos pasos adelante. Prevenirse. No dejarse pisotear por nadie. Y todo eso te falta a vos.

ROBERTO- Ah, sí?

ROSA - Vos te creías que me estabas pasando? Que – al fin – me habías engañado? Que me habías ganado una? Que habías hecho un gol. Pero tu gol te lo hiciste en contra. Y si yo te dijera, ahora mismo, cuánto tiempo hace que empezaste a ponerle candado a esas dos cosas?

ROBERTO- Sí? Podés decírmelo? Con horas, días, meses ...?

ROSA - Hace cinco años. Empezaste el día de tu cumpleaños cuando te llegó una carta. Te digo de quién era?

ROBERTO- De quién?

ROSA - De tu hermano Leo.

ROBERTO- Vos la leíste.

ROSA - Claro. Si te la di abierta. No te acordás? Te ponía algo así como: “Feliz cumple, enano. Yo estoy bien ...”

ROBERTO- (*sigue*) “... de viaje. Algún día. Capaz que en otro cumpleaños tuyo vengo a buscarte.”

ROSA - Un poeta Leo; como quien dice. Esa letra con una buena música podría llegar a ser un éxito de Sandro. Y ahí, en ese maletín debe haber más cartas de él, no?

ROBERTO- No eras vos la gran adivina? (*la enfrenta*) Hay, o no hay, cartas de mi hermano aquí? Usted qué piensa Miss Verano? Mire que de su contestación depende que obtenga el primer premio.

ROSA - Y cuál sería ese premio? Un auto último modelo? Alguna joya ...?

ROBERTO- El quedarse viviendo sola.

ROSA - Ah, no. Entonces opto por el segundo premio: morir acompañada.

ROBERTO- Entonces te das por vencida?

ROSA - Nunca, Bobby. Yo nunca me doy por vencida.

ROBERTO- (*abre el maletín sobre la cabeza de Rosa que está sentada en la cama o le va tirando puñados de cartas y sobres de distintos colores*) Sí, mamá, son cartas. (*Rosa, inmutable, no hace ningún gesto*) Cartas de mi hermano Leo.

ROSA - (*apartando tranquilamente las que han quedado encima de su ropa o pelo*) Llenas de promesas, me imagino, no?

ROBERTO- (*alegre*) Sí. Sí.

ROSA - Si son como las tuyas ... Una vez me prometiste hacerme una estola de piel de conejo. Nunca tuve esa estola.

ROBERTO- Y para qué la querías?

ROSA - Para salir. En muchas revistas vi que la gente de la realeza las usa.

ROBERTO- Ah, es cierto. Por aquello de tu reinado de belleza. Pero mamá, hasta cuándo una persona puede vivir en un mundo de fantasía?

ROSA - Depende de los otros. Una fantasía, para ser verdadera precisa que alguien más la crea.

ROBERTO- Acá, los otros, somos vos y yo.

ROSA - Vos, yo, Leo, los del barrio que nos llaman los raros, la mujer con plata que

quiere embalsamar a su perra ...

ROBERTO- Yo no quiero ser más parte de tu mentira.

ROSA - Y vos vas a salir afuera? A entreverarte con la gente? Entrar a ese mundo que te da tanto miedo?

ROBERTO- Con Leo puedo. El me va a llevar. El me va a ayudar.

ROSA - Ah, claro. El te va a llevar. El te va a ayudar. Por eso la valija lista. Y cuándo va a ser el viaje? La despedida? *(en los parlamentos que siguen está Rosa muy tranquila, mientras que Roberto se va excitando más y más.)*

ROBERTO- Pronto.

ROSA - Pronto? Cuándo es pronto?

ROBERTO- Hoy, mamá. Hoy.

ROSA - Hoy? Ya?

ROBERTO- Esta noche. Este domingo.

ROSA - Tomá. Por suerte tengo el concurso por la tele. Eso me va a distraer.

ROBERTO- Y no vas a hacer nada? Nos vas a dejar salir así? Irnos como si nada?

ROSA - Y qué puedo hacer yo al lado de dos tipos fuertes y grandes? Enfrentarlos? Llamar a la policía? Gritar avisando a los vecinos?

ROBERTO- Vos no sos de quedarte con los brazos cruzados.

ROSA - A veces hay que saber reconocer cuando uno pierde. Además no me gustan las despedidas. No acepto las despedidas. No quiero tener despedidas.

ROBERTO- Sabés que parecés otra persona? Pensé que te conocía de memoria. Pensé que ibas a reaccionar de otra manera.

ROSA - *(lo toma por el mentón)* Mirame. Mirame y decime la verdad. Pensaste que, llegado el momento, yo iba a matarlos a los dos? A Leo y a vos? Como hice antes – según tu hermano – con tu padre?

ROBERTO- *(girando la cabeza)* No ...

ROSA - *(hace que la mire)* Decime la verdad.

ROBERTO- No ... No ...

ROSA - La verdad, Roberto. Quiera tu verdad.

ROBERTO- *(sacándole la mano. Se para)* Sí. Pensé en eso. Hasta te veía con un revólver o con un cuchillo parada en la puerta ...

ROSA - *(ríe bajito)* Yo con un revólver? Yo con un cuchillo? Y veneno en la comida, no pensaste?

ROBERTO- (*rápido*) Yo no comí nada hoy.

ROSA - Tanto tu padre como Leo me criticaban por ver teleteatros. Y vos, ahora, estás haciendo uno con todo esto. Decime una cosa, sólo por curiosidad, tu hermano, hoy, te va a esperar afuera? Te va a hacer alguna seña? O va a esperar para entrar a que yo me duerma y que toda la casa esté a oscuras?

ROBERTO- No sé. No me lo puso en la carta. Puso sólo que hoy venía a buscarme ...

ROSA - Y qué más te escribió? (*él la mira*) Vamos. Podés contármelo. Te dije que no iba a hacer nada de nada. Querés que te lo jure? (*pone sus dedos en cruz y los besa*) Te lo juro por ésta. Contale a mamá todo. Capaz que esta es nuestra despedida.

ROBERTO- (*se va entusiasmando*) Leo me va a llevar a ... Pero ... me dijo que no te lo contara.

ROSA - Por qué? Podés decírmelo.

ROBERTO- Me va a llevar a Buenos Aires.

ROSA - Buenos Aires es muy grande. Si se van y no dejan dirección, nadie los va a encontrar.

ROBERTO- Y él va a trabajar en lo suyo y yo en lo mío. Los dos vamos a estar juntos. Juntos como antes.

ROSA - Tu padre me dejó. Leo también. Y ahora vos ...

ROBERTO- Yo puedo ir y volver ...

ROSA - No. Cuando alguien se va no vuelve más. Si yo te pidiera, pero bien, eh!, que te quedaras conmigo. Que rompieras todas estas cartas. Que esta noche te acostaras en tu cama y que no abrieras la puerta ni te asomaras a las ventanas y dejaras que Leo desaparezca para siempre. Lo harías?

ROBERTO- No. Dejame elegir una vez a mí.

ROSA - Y vas a elegir el irte.

ROBERTO- Sí.

ROSA - Como Sandro. Primero me dejó por la Serra Lima, después por María Elena, su ama de llaves y ahora se casó con esa Olga que nadie conoce.

ROBERTO- Pero qué tiene que ver eso conmigo?

ROSA - (*abrazándolo*) Todo. Todo. Tu padre ya no quería tener más relaciones conmigo. Pero una noche lo busqué tanto que logré que se acostara conmigo. Yo puse debajo de la almohada la toalla de Sandro y sentí todo el

tiempo el olor de él. Yo sabía que estaba concibiendo un hijo varón y que iba a ser un hijo de Sandro. Por eso te puse Roberto, aunque tu padre sugirió mil nombres posibles.

ROBERTO- Soltame. Vos estás loca. Y yo no quiero ser parte de tu locura.

ROSA - *(suave)* No querés y hace cinco años que sos parte de mi locura.

ROBERTO- *(temiendo adivinar)* Qué decís?

ROSA - Quién es más loco? Yo? O vos que aprontás valijas y te sentás a esperar un domingo de noche a tu hermano, sólo porque está escrito en una carta sin fecha?

ROBERTO- Qué ...?

ROSA - Buscala. *(ella tira un puñado de cartas sobre el hijo.)*

ROBERTO- Vos la leíste y yo no me di cuenta.

ROSA - Yo las escribí y vos no te diste cuenta.

ROBERTO- *(queda sentado, rodeado por las cartas, mirando incrédulo a la madre. Ella repite implacable.)*

ROSA - Yo las escribí y vos no te diste cuenta.

ROBERTO- *(bajo)* No. No ...

ROSA - Todas. No, todas no. Hubo una de verdad. La de tu cumpleaños. Cuando vi tu entusiasmo y que creías en que él te iba a venir a buscar, se me ocurrió lo de escribirte las cartas yo.

ROBERTO- Entonces, nunca más me escribió Leo?

ROSA - No.

ROBERTO- No vino alguna carta de él y vos la escondiste?

ROSA - No. Todas las escribí yo. Nunca te llamó la atención que Leo no te escribiera mails? *(él niega)* No te escribió mails porque yo no sé usar la computadora. Tampoco te llamó por teléfono. Más fácil fue hacerte llegar cartas. Por chiquilines, por vecinos. Con unos pesos y unas mentiras alcanzaba. De última las dejaba yo y hacía como que no las veía.

ROBERTO- Y qué buscabas con todo esto? Reírte de mí? Hacerme sentir como un pobre infeliz que se cree todo?

ROSA - Buscaba que no me dejaras.

ROBERTO- Y hasta cuándo? Cinco años más?

ROSA - Cinco o veinte o treinta. Siempre. *(recoge un puñado de cartas y sale del*

cuarto.)

ROBERTO- *(siguiéndola)* Qué vas a hacer?

ROSA - Quemarlas. Junto con tu cédula y tus otros documentos. No sentís el olor a plástico quemado?

ROBERTO- Dámelas.

ROSA - Para qué?

ROBERTO- Dámelas. *(se las puede quitar o ella las deja caer)* Estas cartas, para mí, son de Leo. No me quites, también, esta mentira. *(a gatas va juntando todas las que puede)* Estas cartas son de Leo. Son de mi hermano. *(repite el parlamento juntando más cartas.)*

ROSA - *(triumfal)* Tenés ganas de matarme, no?

ROBERTO- Sí. Y vos a mí?

ROSA - No. Yo no. Terminaste de embalsamar a Gilda?

ROBERTO- Esta noche.

ROSA - Hacelo. Así mañana llamo a la dueña para que la recoja y pague. Como dijo Sandro: “Al final la vida sigue igual”.

ROBERTO- *(mirándola)* Sigue igual, mamá? Sigue igual?

ROSA - *(mirándolo también)* Sí.

ROBERTO- *(hacia delante)* No. A veces la vida no sigue igual. *(continúa juntando cartas. Rosa lo mira desde lejos.)*

FIN DEL TERCER CUADRO

CUADRO CUARTO : LA CENA

(Los mismos ruidos que abren cada cuadro. Las cartas siguen tiradas por todo el escenario. Si se desea se puede aumentar más aún el desorden. Rosa enciende el televisor y su luz azulada y tintineante ilumina la escena.)

ROSA - *(para ella.)* Ay, ya va a empezar ... *(agitada va hacia el fondo. A partir de acá, Rosa y Roberto, harán sus acciones simultáneamente. Rosa hace mutis detrás del panorama y entra, por el otro lado, Roberto. Este marca*

cansancio tocándose el entrecejo. Se queda un momento quieto. Casi sin saber qué hacer. Vuelve a hacer mutis tras el panorama. Rosa sale. Trae un plato con los frankfurtes del mediodía. Lo deja sobre la mesa. Se comienza a escuchar el tango “Por una cabeza” en una versión instrumental.) El ballet ... y los títulos ... (corre hacia las cajas del fondo. Comienza a revolverlas y a tirar cosas buscando lo que ella quiere. Roberto aparece. Trae la caja de las bolitas, otra plateada y un frasco. Al escuchar “Por una cabeza” se detiene de golpe y sonríe, como recordando algo. Los dos, ahora, están cada uno en su lugar. Rosa saca una funda grande de nylon. La abre. Un fuerte olor a naftalina invade el escenario. De la funda saca una capa roja con borde de pieles. Tira la funda al suelo y coloca, con cuidado, la capa sobre una de las cajas. Roberto deja sobre su cama lo que ha traído y comienza, con mucha calma, a quitarse toda su ropa. Rosa encuentra la banda de “Miss Verano” donde algunas de las letras se han despegado. Se coloca la banda y la ata a su cuerpo. También encuentra su corona de Miss y la deja junto a la capa. Toma la toalla roja, el libro de recortes y los lleva hasta la mesa. Tras dar un vistazo al televisor, vuelve a las cajas. Roberto desnudo, sentado en la cama, saca de la caja plateada una jeringa y goma para atar su brazo. Luego abre el frasco y se siente el olor a formol. La luz sobre él va aumentando y la música también. Llena la jeringa con formol. Alza la jeringa y aprieta el émbolo y se ven caer algunas gotas. Calmo, lento, se ata al brazo la goma. Atrás, Rosa, se va vistiendo, poniéndose la capa y la corona. Se mira a un espejo de mano y se maquilla acentuando el color de la boca, el de los ojos y su rubor. Roberto busca la vena golpeándose el brazo. Antes de inyectarse sube el tango y él – por un momento – lo escucha. Luego se inyecta el líquido y se estremece. Rosa va hacia la mesa vestida como Miss. Se sienta frente al televisor. Roberto toma un bisturí y se guarda en el bolsillo. Se para. Termina el tango.)

VOZ DE LOCUTOR – Pedimos un fuerte aplauso para este grupo de bailarines y demos paso ya a las 16 candidatas. 16 bellas jovencitas que engalantarán esta pasarela veraniega. Y dejemos mis palabras de lado, porque una imagen vale más que mil palabras, y deleitémonos con nuestras participantes, ustedes en su hogar y nosotros desde las instalaciones de este hotel cinco estrellas, que ha prestado su magno marco para este importante certamen. Adelante la señorita número uno. *(música de desfile. Roberto durante la locución se ha puesto el pantalón del pijama y se ha quedado con el saco en*

la mano. Dudó un momento. No sabe si quedarse en su cuarto o ir junto a su madre. Luego, poniéndose torpemente el saco del pijama, avanza hasta la silla que ha quedado más atrás, en un plano diferente al de la madre.)

ROBERTO- A papá le gustaba el tango “Por una cabeza” ... *(Rosa se da vuelta.)*

ROSA - Ah ... estabas ahí. Vas a ver el desfile conmigo?

ROBERTO- Le gustaba “Por una cabeza” y cantado por Gardel ...

ROSA - *(ríe. Sin mirarlo y pendiente del desfile.)* A tu padre? Estás loco, Bobby. A él sólo le gustaba la música clásica. *(otro tono)* Ah ... pero a esa chiquilina quién le aconsejó que se presentara? El enemigo?

ROBERTO- Los perros de apartamentos cuando saben que se van a morir se ponen debajo de la cama del dueño contra el rincón más oscuro ...

ROSA - Ay, esta otra. Está muy pasada de quilos. Le debe dar a las harinas como loca. Yo, varias semanas antes del desfile, hice caso a lo de las tres Pe”. Nada de pan, nada de papas, nada de pastas.

ROBERTO- Los perros que viven en terrenos buscan quedarse en el fondo de su cucha o abajo del parrillero; algunos en un sótano ...

ROSA - *(se vuelve rápido a mirarlo)* No tenés otro tema más alegre? O, por lo menos, más interesante? *(no espera la respuesta de él y se vuelve hacia el televisor.)*

ROBERTO- Bueno, entonces hablemos de Leo o de la muerte de papá ...

ROSA - Prefiero que sigas hablando de tus bichos. Aaaah ... qué bonita la número 11. Vistosa, más bien. Es patente mi figura. Pero yo le daba mil vueltas. Esta puede llegar a primera. Raspando ...

ROBERTO- Las mentiras, mamá ...

ROSA - *(sin mirarlo)* Eh ...?

ROBERTO- Todas nuestras mentiras ...

ROSA - Vos siempre hablando para adentro. Embalsamaste a la bendita perra?

ROBERTO- *(con gesto y palabra)* Sí ...

ROSA - Ni sé para qué te lo pregunto. Tenés encima un olor a formol que voltea.

ROBERTO- *(inclina su cabeza para mirarla)* Sí ...? Tanto olor tengo, mamá? *(intenta levantarse.)* Querés que me vaya a mi cuarto? *(cae sobre su silla.)*

ROSA - No. Para qué? Si el olor ya está aquí. Por lo menos, te lavaste bien las manos?

ROBERTO- Sí. *(el público lo oye. Ella no.)*

ROSA - Qué dijiste?

ROBERTO- Que sí ...

ROSA - Para estar así, mudo, como un pasmado, te hubieras quedado en tu cuarto.

Ah... un corte. Llamame cuando empiece. *(lleva el plato de franfurters que ha comido y hace mutis haciendo ondular su capa. Luz sobre Roberto. Tal vez desde abajo para dejarle las cuencas de los ojos en sombras.)*

ROBERTO- A papá sí, le gustaba “Por una cabeza”, mamá. Y le gustaba cantado por Gardel. Por Carlitos, decía él. Tanto le gustaba que ese día que fuimos al balneario, lo silbó todo el viaje de ida y después se propuso enseñárnoslo a Leo y a mí. *(sonríe)* Nosotros le hicimos el gusto porque a los dos nos parecía una música de viejos. *(canta)* “Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé. En el 506 y en el 2000 también ...” Ese día estaba alegre papá. Y nosotros también. Estábamos los tres solos, mamá. Fue el único y último fin de semana que estuvimos los tres juntos. Papá, Leo y yo. “Los varones que sí ni no”, gritaba él al aire de los pinos y al salitre del agua. *(otro tono)* Los tres varones, sí: mi padre, mi hermano y yo. Pasó el día rapidísimo. Y a la tarde, alguien, no sé quien, si papá o Leo, dijo que sería lindo el ir a bañarnos de noche. Y lo hicimos. En una playa larga, oscura, silenciosa. Sin gente ni luna. Los tres nos enfrentamos a ese mar que tenía olas que brillaban. A mí me dio miedo y me agarré a la mano de Leo. Era raro. No nos veíamos entre nosotros, ni había una raya que diferenciara el mar del cielo. Todo era oscuro. Papá se sacó toda su ropa. Leo también y yo los imité. Los tres nos metimos en esa oscuridad plateada que rugía bajito. El agua estaba tibia. Casi caliente. Invitaba a meterse adentro. Leo me llevaba por el hombro. Yo delante y él detrás. A veces sentía su miembro adolescente contra mí como si fuera la caricia de una ola más. Yo reía. Leo reía. Y papá nos invitaba a meternos más adentro. Cuando el agua me llegó hasta el mentón, papá me levantó “a babucha” y ahí nos quedamos los tres, como en el medio de la nada. Apretados. Juntos. Solos. Mis manos apoyadas en los hombros de papá; las de él en mi cintura y las de Leo abrazándonos a los dos. Y papá cantó “Por una cabeza” y nosotros con él. Y hasta la playa cantó. En ese enorme silencio oscuro, el eco repitió retardado los versos del tango. *(puede, o no, cantar o tararear el tema)* Después salimos del agua y

nos quedamos en la playa para esperar a que saliera el sol. En esa noche sin luna, la aparición del primer rayo de sol fue como mágico. De a poco aquella oscuridad fue dando paso a una claridad que iluminaba el cielo, se reflejaba en el mar y nos mostraba a nosotros tres. Ahí vi la sonrisa de papá y su mirada. El miró el resplandor del sol en el agua y ese color tiñó su mirada de una forma que yo no reconocí. Fue algo nuevo, distinto. Ahí, en esa mirada de papá encontré la mirada de Gilda. Y ahí fue que entendí como yo tenía que mirar el mundo, mamá. *(Entra Rosa. Al momento él adopta una posición rígida. Aún respira. Los ojos muy abiertos. Como último movimiento mete la mano en uno de los bolsillos y luego saca la mano con el puño cerrado y muy apretado. El maquillaje de Rosa, si se quiere, ahora puede ser todo negro o violeta en sus labios, ojos y rubor. Trae un cetro dorado. Va derecho al televisor.)*

ROSA - *(sin mirarlo nunca)* Ya empezaron con la batería de preguntas. Vos quedaste en que me ibas a avisar. Y, mirá, ya van por la segunda o tercera candidata. Cerraste bien las puertas y ventanas? *(Rosa levanta el volumen del televisor y el tono de sus parlamentos siguientes.)*

VOZ DE LOCUTOR – Cuál es tu deporte preferido?

ROSA - *(contesta todo al pie)* Equitación. Patín artístico. Modelaje.

VOZ DE LOCUTOR – Si tuvieras que elegir un lugar en el mundo para pasar un fin de semana, cuál sería ese sitio?

ROSA - Miami. Y si puedo elegir otro lugar, me inclino por Bariloche, Argentina.

VOZ DE LOCUTOR – Bien. Ahora definime a tu familia.

ROSA - La familia es el centro de la existencia. Mi madre es mi mejor amiga y mi padre es la autoridad de la casa.

VOZ DE LOCUTOR – Si tuvieras que nombrar a una persona cuya vida ejemplar te ha servido como guía y norte, cuál sería?

ROSA - Puedo nombrar a dos?

VOZ DE LOCUTOR – Por supuesto, jovencita. Queremos oírtelas nombrar.

ROSA - Jaqueline Kennedy Onassis, una. Y ...

VOZ DE LOCUTOR – Y ...?

ROSA - Y el Papa Paulo VI que está a favor de mantener el celibato en el clero. Es un poco reaccionario, pero es el Papa y yo lo quiero.

VOZ DE LOCUTOR – *(tose)* Bien. Pasemos a la siguiente pregunta:Cuál es tu mayor deseo?

ROSA - La paz mundial.

VOZ DE LOCUTOR – Perfecto. Ahora la última pregunta. La más importante para el jurado y para nosotros y la que te va a dar la posibilidad de obtener la corona. Estás lista?

ROSA - Sí.

VOZ DE LOCUTOR – Puedo hacerte, entonces, la pregunta?

ROSA - Sí, señor.

VOZ DE LOCUTOR – Bueno: ahí va. Cómo se llamaba la esposa del Rey Luis XVI de Francia? Los miembros del jurado quieren que tú digas el nombre completo.

ROSA - El nombre de la señora de Luis XVI?

VOZ DE LOCUTOR – Sí.

ROSA - El nombre completo de ella era: María Antonieta Josefa Juana de Hasburgo-Lorena. *(música de trompetas.)*

VOZ DE LOCUTOR – Sí, sí. Ese era el nombre. Entonces la ganadora es ...

ROSA - *(adelantándose con su corona, capa y levantando el cetro.)* Soy yo. Rosa Pérez. “Miss Casabó” *(al mismo tiempo, Roberto, en un último gesto, abre su mano dejando caer y rodar un puñado de bolitas. Queda quieto. Los ojos abiertos. Rosa, con un gran además, apaga el televisor y en el panorama aparece, gigantesca, la figura de la perra embalsamada.)*

FIN